

Los Deberes de la Educación: entre la nueva barbarie y la emancipación

*The Duties of Education: between the new
barbarism and emancipation*

GERGANA PETROVA*

RESUMEN. El presente artículo aborda la crítica de la sociedad moderna y su cultura de castración, entendida ésta como la anulación o en su mejor caso, el acondicionamiento del individuo a través de la educación y del trabajo como elementos yuxtapuestos que se implantan sobre el deseo natural del individuo. En este sentido, la teoría crítica de la sociedad consigue desenmascarar al individuo en su actuar condescendiente ante la auto infringida represión de sus instintos biológicos, poniendo en perspectiva la condición actual de la educación que, sometida al *dominio del todo*, obedece, en su funcionalidad, a la opresión de las potencialidades humanas, con el fin de integrar al individuo a la totalidad consumista del sistema social.

PALABRAS CLAVES: represión, emancipación, unidimensionalidad, Eros, educación.

ABSTRACT. The following paper is a critical approach on the modern society and its culture of castration, understood as the cancellation or in its best case, the conditioning of the individual through the education and work as juxtaposed elements implanted on the natural desire of the individual. As regards, the critical theory of society succeeds in revealing the individuals in acting condescendingly towards a self-inflicted repression of their biological instincts, placing into perspective the current condition of the education, which brought under the *domain of whole*, obeys as well in its functionality to the oppression of the human potential, in pursue of integrating the individual to the consumerist absoluteness of the whole social system.

KEYWORDS: repression, emancipation, unidimensionality, Eros, education

* Doctora en Filosofía por la Universidad de Guanajuato. Actualmente es miembro del SNI del CONACYT y profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Guanajuato. Mail: gerjina@gmail.com

Podríamos hablar de la importancia que se le otorga a la educación para la preservación social y cultural del ser humano desde el mundo primitivo. Las pinturas rupestres dan testimonio de la necesidad originaria de transmitir los saberes adquiridos y requeridos para la perpetuación y sobrevivencia de la raza humana. Pero es quizá a partir de la Ilustración cuando la educación adquiere como concepto y práctica la encomienda de conducir hacia una sociedad cualitativamente diferente. Es en la Ilustración, que se postula el interés emancipatorio para el desarrollo humano, cuando la educación es concebida como la superación de la barbarie: alejar al ser humano de lo primitivo y borrar la animalidad. La barbarie es considerada lo opuesto a la formación cultural y a la supervivencia de la humanidad, depende de que los individuos sean ayudados a superarla, precisamente a ello se supone que debe de servir la escuela. No obstante, Adorno advierte que “mientras sea la sociedad la que genera, a partir de sí misma, la barbarie, es seguro que la resistencia de la escuela sólo podrá ser mínima” (Adorno, 1998, p. 78).

Así pues, para hablar de los deberes de la educación nos centraremos en la sociedad moderna y en su “cultura de castración”, entendida ésta como la anulación o en su mejor caso, el acondicionamiento del individuo a través de la educación y del trabajo como elementos yuxtapuestos que se implantan sobre el deseo natural del individuo. Y para ello retomaremos *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse (1985), quien estudia la represión de los instintos humanos que se reproducen en las sociedades capitalistas, es decir, el sutil dominio que ejerce el sistema uniformador y la cultura masificada a nivel psicológico. Partiendo de la crítica a la *brutalidad metropolitana* de la *sociedad opulenta* desde la perspectiva del psicoanálisis, Marcuse sostiene la misma tesis de que los planes de progreso han conducido al hombre a su propia esclavización, y los individuos mismos reproducen la represión sufrida, aclarando que “la democracia consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, la libertad administrada y la represión instintiva llegan a ser las fuentes renovadas sin cesar de la productividad” (1985, p. 7). Y es que bajo la premisa de la libertad y del bienestar del todo social, que la voluntad de la mayoría se convierte en constitutiva de la unidad social dentro del sistema. El individuo así ya no puede aparecer de forma aislada sino que, como miembro de la comunidad a la cual pertenece, y como ésta lo precede, el individuo separado, sometido al mecanismo coercitivo colectivo, ya resulta predestinado a las funciones que le son dictadas por el sistema social y para la realización de sus fines económicos que supuestamente llevarían a la satisfacción de las necesidades de sus miembros. Empero, Marcuse indica que: “[...] la mejor satisfacción de las necesidades es ciertamente el contenido y el fin de toda liberación, pero al progresar hacia este fin, la misma libertad debe llegar a ser una necesidad instintiva y en cuanto tal, debe mediatizar las demás necesidades, tanto las necesidades mediatizadas como las necesidades inmediatas” (*Ibid*, p. 8).

Es preciso, aquí puntualizar los términos de la *necesidad instintiva* y la *represión instintiva* desde la perspectiva en que Marcuse los aborda en su obra *Eros y Civilización* (2010), donde contrarresta el planteamiento pesimista de la imposibilidad de la felicidad de los individuos expresado por Sigmund Freud en su obra *El malestar en la cultura* (2007), con un planteamiento en el que una civilización no basada en la represión de los instintos es posible. La condición del hombre como ser cultural, lleva a Freud a analizar más allá de las diferencias históricas, las divergencias culturales y la variedad de hechos de civilización. El choque entre el deseo natural y la cultura civilizadora,

revela la condición humana y determina al hombre como ser social, que sólo llega a ser hombre porque su instinto biológico es sometido a la disciplina de la cultura.

El modelo de la cultura se establece en nosotros, y esta condición de la ruptura de lo natural biológico y el orden preestablecido, es lo que definiría el lugar de la educación. En esta línea de análisis, la educación se revela como la acción represiva que permite el paso del placer a la realidad, del deseo primitivo al deseo culturalmente socializado, integrado en un sistema interhumano completamente regulado. Para que el individuo aparezca como capaz de vivir en una comunidad, la prohibición deberá constituir la esencia de la acción cultural socializante, ya que ésta comienza impidiendo que ciertas tendencias impulsivas espontáneas e inmediatas se expresen libremente, y es así como surge la función represiva de la educación como algo fundamental para lograr la unidad del todo social, factor que difícilmente podría ser suprimido. Sin embargo, esto inminentemente nos llevaría a la evocación de doctrinas educativas totalitarias, y a la renuncia de la inmediatez del placer instintivo, para ser sustituido por la obediencia a la realidad, donde como moneda de cambio se instituiría el deseo por la norma, llevando al principio del placer y al de la realidad a terrenos radicalmente opuestos e inconciliables. Así, señala Marcuse, el individuo: “Llega a ser un *sujeto* consiente, pensante, engranado a una racionalidad que le es impuesta desde afuera” (2010, p. 29). La educación bajo este contexto llegaría a convertirse en un conjunto de técnicas, procedimientos, métodos y contenidos pedagógicos, asegurando esta sustitución e implicando un sufrimiento correctivo, que habrá simplemente que vigilar para que no degenerara en un estado mórbido.

Freud define el principio del placer como la medida primordial que gobierna y regula, en general, las acciones, sentimientos y pensamientos del individuo hacia la búsqueda de lo placentero y la evitación de lo desagradable. Los hombres, “[...] aspiran a la felicidad, quieren llegar a ser felices, no quieren dejar de serlo. Esta aspiración tiene dos fases: un fin positivo y otro negativo; por un lado evitar el dolor y el displacer; por el otro, experimentar intensas sensaciones placenteras” (Freud, 2007, p. 23). Sin embargo, el principio del placer no puede constituir un fin en sí mismo, porque aún si el principio del placer explica adecuadamente los movimientos humanos, su finalidad última, la de una felicidad perfecta, infinita y eterna, sigue siendo irrealizable como un estado final al que se pueda llegar, por ello, únicamente como un proceso, en el cual la satisfacción se da como un momento fugaz, nos es dable proponerlo.

Lo que en el sentido más estricto se llama felicidad surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión, y de acuerdo con esta índole sólo puede darse como fenómeno episódico. Toda persistencia de una situación anhelada por el principio del placer sólo proporciona una situación de tibio bienestar, pues nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino el contraste [...]. Así, nuestras facultades de felicidad están ya limitadas, en principio, por nuestra propia constitución. (*Ibid.*, p. 24).

La represión de los instintos evoca el problema de la renuncia a la libertad, que implica para el individuo su entrada en la civilización, que no es otra renuncia que la de sus propias necesidades en pos de la organización socio-histórica vigente, así llega a tomar su posición de miembro en su

plena facultad dentro del funcionamiento adecuado de la comunidad, misma que ya previamente le ha sido asignada.

Pero el problema de la educación no consiste, o por lo menos en teoría no debería consistir, solamente en prohibir, frustrar e inhibir, sino en descubrir una especie de equilibrio entre la búsqueda del placer, que sigue rigiendo el equilibrio psíquico después de haber entrado en el proceso de socialización, y las limitaciones que impone la realidad natural y social a los instintos primitivos. Para Marcuse: “El animal hombre llega a ser un ser humano sólo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza que afecta no sólo las aspiraciones instintivas, sino también los «valores» instintivos [...]” (1985, pp. 27-28). La existencia de una moral individual demuestra que la norma impuesta por la realidad no permanece en el exterior del sujeto, sino que éste la asume en forma afectiva, su eficacia estriba en esta interiorización. Así pues, la interiorización sólo será posible si el sujeto posee en sí mismo una instancia capaz de asumir la exigencia social, que contrarreste la influencia de sus impulsos. Aunque una civilización no represiva pareciera una quimera para Freud, debido al antagonismo y a la irreconciliación del principio del placer y el de realidad planteados por él, para Marcuse esta oposición no se origina en una naturaleza humana, sino que es producto de una organización social históricamente determinada, y más aún, debido al progreso y el desarrollo social, la civilización humana ha llegado al momento en que es posible educarse en una sociedad no represiva, donde los conflictos puedan resolverse sin opresión y sin crueldad. Y es que el progreso tecnológico ya ha creado las condiciones para una liberación respecto de la obligación del trabajo, lo cual podría llevar a la ampliación del tiempo libre, que permitirá la liberación de las potencialidades reprimidas que,

Liberadas así, ellas [las facultades individuales] generarán nuevas formas de realización y de descubrimiento del mundo, que a su vez le dará nueva forma al campo de la necesidad, de la lucha por la existencia. [...] Con la transformación de la sexualidad en Eros, los instintos de la vida despliegan su orden sensual, mientras la razón llega a ser sensual hasta el grado en que abarca y organiza la necesidad en términos que protegen y enriquecen los instintos de la vida. (*Ibid.*, pp. 193-194).

De esta forma se dan las condiciones para el surgimiento de una sociedad no represiva, en la que se pueda vivir la felicidad del Eros liberado, la lógica de la satisfacción y no la de la represión.

Hay dos términos que surgen a partir de la inclusión del componente histórico. Por un lado, se debe de considerar la *represión excedente* –que, a diferencia de la *represión básica*, que se refiere a la modificación de los instintos para perpetuar la raza humana– hace referencia más bien, a las restricciones adicionales resultantes de las diferentes formas de dominación y sus correspondientes instituciones, que apunta fundamentalmente a aquellos controles que exceden a los necesarios para el funcionamiento de la sociedad:

[...] en la historia de la civilización, la represión básica y la represión excedente han estado inextricablemente entrelazadas y el progreso normal hacia la genitalidad ha sido organizado de tal manera que los impulsos parciales y sus «zonas» fueron descontextualizados casi por completo para adaptarlos a las exigencias de una organización específica de la existencia humana. (*Ibid.*, pp. 47-48).

Para Marcuse, esta represión excedente y la concentración de la energía erótica en la sensualidad genital, es lo que impide al Eros su fuerza revolucionaria y creadora, el despliegue de la libido; y por el contrario, dicha fuerza está concentrada en el “[...] *proceso de producción agresivo y a sus consecuencias, integrándose en el valor de cambio*” (*Ibid.*, p. 9; énfasis propio). Su propuesta a partir de allí, le lleva al planteamiento del *principio de actuación* como la forma histórica del principio de realidad.

En efecto, en el proceso de civilización, el principio del placer es reemplazado por el principio de realidad, el sujeto se ve obligado a retardar la satisfacción de sus deseos o incluso resignarla, para no entrar en contradicciones con el ambiente que lo rodea, con lo cual el control y la coordinación de los impulsos, que el *Yo* llevará a cabo, no estará aislado de la realidad prevaleciente, no estará al margen de la época y del modo de dominación, sino que por el contrario, tendrá la forma que éstos vayan tomando. Un ejemplo breve de ello, es la influencia de la duración de la jornada laboral: durante el día de trabajo el individuo se ve obligado a suspender la satisfacción de los instintos, lo cual significa que está sujeto a un proceso represivo, pero éste no será igual en una organización en la que la jornada laboral ocupa prácticamente el día entero, que en otra que es más breve, de este modo se observa, al menos desde un aspecto, el principio de realidad en relación a las formas históricas prevalecientes. Sin embargo, Marcuse señala que la dialéctica de la civilización perdería su finalidad “[...] si el principio de actuación se revelará a sí mismo sólo como una forma histórica específica del principio de la realidad” (2010, p. 120). Esto es así porque sus condiciones históricas aparecen en función del conflicto entre los individuos separados, y entre ellos y su mundo, abriendo paso hacia un presente en una temporalidad histórica. Por lo tanto, el hombre es el sujeto y el objeto de su propia historia y es así, como según Marcuse: “La negación del principio de actuación aparece no contra, sino con el progreso de la racionalidad consciente: presupone la más alta madurez de la civilización” (*Ibid.*, p. 136).

¿Pero entonces qué impide el arribo a esta nueva sociedad no represiva? Marcuse denuncia que la pretendida liberación que propugna el capitalismo, no es una verdadera liberación, sino una estrategia para impedirla, ya que lejos de dejar lugar a una emancipación de los instintos hacia una sexualidad polimorfa, que podría llevar a la realización de las potencialidades reprimidas, el capitalismo ha transformado la sexualidad en objeto de consumo, integrado a la totalidad consumista del sistema social.

Si se observa el tiempo que el hombre destina al trabajo en la civilización, se hace evidente que éste ocupa prácticamente la existencia entera del individuo, y por lo tanto, el placer se ve absolutamente acotado por ella, el placer deja de prevalecer y la represión comienza a imperar. El florecimiento de instituciones, la promulgación de leyes y las mismas relaciones sociales, obedecen a la transmisión de la represión de los impulsos de acuerdo a sus necesidades imperantes, el control deja de ser la base de aquellos requerimientos necesarios para el desarrollo de la civilización.

Lo que es falso no es el materialismo de esta forma de vida, sino la falta de libertad y la represión que encubre: reificación total en el fetichismo total de la mercancía. Se hace tanto más difícil traspasar esta forma de vida en cuanto que la satisfacción aumenta en función de la masa de mercancías. La satisfacción instintiva en el sistema de la no-libertad ayuda al sistema

a perpetuarse. Ésta es la función social del nivel de vida creciente en las formas racionalizadas e interiorizadas de la dominación. (1985, p. 8).

Durante el día de trabajo el hombre renuncia a su libertad de ser el sujeto-objeto libidinal que es y desea ser. El trabajador está al servicio de un aparato que es incontrolable desde su lugar, que ejerce un poder al que los individuos deben someterse para no quedar al margen de la comunidad, y que este poder se independiza más a medida que la división del trabajo se hace también cada vez más especializada. De este modo, como resultado del principio de actuación de la sociedad capitalista se obtiene un hombre que mientras trabaja no satisface sus propias necesidades, sino que sólo realiza funciones preestablecidas. Obedeciendo a la totalidad operante, la educación nuevamente parte de la premisa de un hombre ideal, pero éste es ya un individuo que se integra en el sistema mismo, la educación entonces deja a un lado su sentido histórico de emancipación para la humanidad para obedecer a la transformación cohesiva, instruyendo al individuo hacia formas de entretenimiento socialmente aceptadas y reproduciendo la represión incluso en un momento cuando el progreso ha conducido hacia una jornada reducida. La disponibilidad de más tiempo libre ya no representa una oportunidad para estimular una creatividad lúdica, una expresión artística que podría conducir al desarrollo pleno del potencial del individuo, sino una opresión del principio de identidad ante la cual el individuo tiene que limitarse a los modelos ya postulados. Por consiguiente, si es un hombre que no está respondiendo a su propio deseo sino al ajeno, ¿es un hombre real o es una ficción de sí mismo?

En *El hombre unidimensional* se presenta a la sociedad capitalista desarrollada como una sociedad en la que el hombre ha perdido su sentido crítico. La seducción del confort, la abundancia, la riqueza de la sociedad opulenta y la liberación de las costumbres, han transformado al hombre en un ser cada vez más adaptado e integrado al sistema del consumo. Lo que Marcuse presenta bajo el término de *unidimensionalización* es, paradójicamente, un proceso multi-abarcante, que se desenvuelve en todos los niveles y estratos de la realidad en la sociedad industrial tardía. Al igual que sus predecesores Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, quienes veían en el avance de la ciencia y la tecnología bajo el criterio de dominación, el fracaso de la cultura y la abdicación de la razón, la cual absolutizada en su función instrumental conduciría a procesos de consolidación de una nueva estructura de dominio; Marcuse destaca en primer plano al positivismo, que sirve de base a la racionalidad tecnológica y a la lógica del dominio en el proceso social de unidimensionalización, y en este sentido la única salida para poder empezar a transformar esta sociedad no será cambiando las leyes, sino iniciar por lo más radical, que según él, sería modificando la mentalidad del hombre *unidimensional*: hacer que aprenda y se atreva a criticar lo que le parece malo, ir contra lo que nos ha enseñado la sociedad. (*Ibid.*, pp. 13-14).

¿Acaso esto será posible? ¿Se podría a través de la educación, ir contra lo enseñado? ¿Podrá la educación llevar a la emancipación del hombre unidimensional, cuya existencia humana está controlada e integrada al funcionamiento objetivo de la totalidad social?

La represión, según lo describe Marcuse, obedece a dos procesos paralelos: la integración a nivel instintivo, por un lado, y la integración social del individuo a la objetividad operante, por otro. Dicha integración es lograda a través de la imposición de un modelo de pensamiento y conducta unidimensional, estableciendo como posible una única forma de vida, sin que ésta permita divisar

que detrás de las elecciones, actúa la coordinación universal del conjunto en su totalidad, o en palabras de Adorno el *dominio de todo*.

Vertido totalmente a los modos de funcionamiento que le exige la realidad preestablecida, el individuo es obligado a vivir una vida pseudoautónoma, en la cual la sobre-represión y los esquemas de asimilación e introyección de los controles sociales, logran hacer desaparecer la condición autorreflexiva del individuo, su capacidad como sujeto para percibir crítica y autocríticamente su existencia y su vida social. Es así como a juicio de Marcuse, el proceso social de *unidimensionalización* hace posible la administración global de la existencia. La subjetividad termina por contraerse a los modos triviales de pensamiento que, entregado a la espectacularidad de los dispositivos tecnológicos, el consumo y los medios de comunicación, se ritualiza y esteriliza para una simplificación organizada y planificada, simplificación en la cual la educación se revela como una previa instrucción al individuo como engranaje, predestinado tanto al mercado del consumo como a la esfera de la productividad, cuyas acciones concretas resultan subsidiarias de causalidades que ni son visibles ni tampoco conscientes. Finalmente, no hay que olvidar que, las políticas educativas actuales buscan el “desarrollo de valores, habilidades y competencias para mejorar su productividad y competitividad al insertarse en la vida económica” (Diario Oficial, 2008). La indiferencia que se da en una conciencia unidimensional y el impulso de entregarse placenteramente al consumo propagado por los medios de comunicación son actitudes que se han convertido en características de la vida contemporánea. “El acceso a los mercados de trabajo” (*Ibid*), se convierte en la razón de ser de las instituciones educativas. En este sentido, es por demás señalar que la creciente fragmentación de la sociedad, polarizada en torno a ejes económicos, sociales, políticos y culturales, ha llevado a que la lucha por un bien común pierda sentido. Los valores de libertad, igualdad y justicia como consecuencia de las condiciones de exclusión y marginalidad que vivimos, vienen a significar cosas cada vez más dispares para los distintos grupos y personas. Ante este panorama, suenan cada vez más relevante la advertencia de Adorno:

Cada época produce, por una parte, las personalidades —tipos de distribución de energía psíquica—, que socialmente necesita. Un mundo como el actual, en el que la técnica ocupa una posición central, produce también hombres tecnológicos, acorde con la técnica. Lo que no deja de tener su racionalidad específica: en su estrecho ámbito serán más competentes, pudiendo ello influir luego en lo general. En la relación actual con la técnica, hay, por otra parte, algo de exagerado, de irracional, de patógeno. (1988, p. 88).

Al reconocer a la sociedad como bloque universal, como objetividad operante, la Teoría Crítica expone cómo ésta rodea a sus miembros y, al mismo tiempo, se encuentra dentro de ellos, ya que son los miembros quienes la constituyen; sin embargo, cualquier intento de transformación, si no supera la unidimensionalidad, simplemente reincide en la reafirmación inmediata del todo monstruoso como algo inadmisibles pero contundente. Lo que define hoy el lugar de la educación es el hecho de que el modelo del sistema capitalista, que se ha adentrado en toda esfera de la vida individual y social, configura la cultura como una industria más. De cara a ello, y recuperando las palabras de Adorno, la educación es la “consecución de una conciencia cabal” (*Ibid.*, p. 95): una conciencia que recupere no sólo su bidimensionalidad, sino una multidimensionalidad, que

sea capaz de pensar nuevamente contra sí misma, y en su desventura y desgarramiento recupere la conciencia de su propia infelicidad, porque solamente así podrá experimentar nuevamente la felicidad de su emancipación.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th. W. (1988). *Educacion para emancipacion*. Madrid: Ediciones Morata, S.L.
- _____. Horkheimer, M. (2009). *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*. (Trad. Juan José Sánchez). Madrid: Editorial Trotta.
- Freud, S. (2007). *El malestar en la cultura*. (Trad. Luis López-Ballesteros). Barcelona: Ediciones Folio.
- Marcuse, H. (1985). *El hombre unidimensional*. (Trad. Antoio Elorza). México: Editorial Artemisa.
- _____. (2010). *Eros y civilización*. (Trad. Juan García Ponce). Barcelona: Editorial Planeta.

FUENTES ELECTRÓNICAS

Acuerdo 444SNB. *Diario Oficial*, martes 21 de octubre de 2008. http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5064951&fecha=21/10/2008